Benjamín Martín Sánchez
Profesor de Sagrada Escritura

El pueblo pide SACERDOTES SANTOS, NO VULGARES

APOSTOLADO MARIANO
Apartado 1032
SEVILLA

Con licencia eclesiástica

D.L.: M-22322-1983

I.S.B.N.: 84-7527-066-2

Impreso en España - Printed in Spain

Gráficas Humanes, S. A.

Ctra. de Fuenlabrada, Km. 1,550

Humanes (Madrid)

A LOS SACERDOTES, MIS COMPAÑEROS

Ante la insistencia de Juan Pablo II, que no cesa de escribir documentos y hablarnos sobre la dignidad del sacerdote y de la manera de comportarnos, y teniendo en cuenta también los documentos de anteriores Papas, de Padres de la Iglesia y otros escritos sobre el sacerdocio, me he propuesto escribir el presente folleto, no para aconsejaros porque no soy irreprensible ni me considero digno de hacerlo, sino sencillamente para recopilar algunos de los muchos pensamientos y consejos, que se nos han dado, a fin de que viéndonos reflejados a la luz de sus enseñanzas, al tenerlos a mano como un prontuario y leerlos, nos recuerden y estimulen a ser sacerdotes ejemplares y lograr así que nuestro apostolado sea más eficaz.

Al final de este breve folleto va el discurso del Papa, o sea, la homilía que dirigió, durante la ceremonia de ordenación sacerdotal en Valencia el 8 de noviembre de 1982, la que a su vez fue dirigida a todos los sacerdotes de España.

En este discurso del Papa, al igual que en otros suyos que he publicado, no hago más que ponerle algunos títulos para hacer resaltar algo más sus ideas.

Al Señor pido que nos ayude a vivir con gran fe y alegría nuestro sacerdocio.

Benjamín MARTIN SANCHEZ

Zamora, enero 1983

SANTIDAD Y APOSTOLADO

El siervo de Dios Eduardo Poppe en una carta a los sacerdotes (la que ha motivado el título del folleto) nos dice:

«Queridos hermanos: Tenéis que ser santos, no debéis ser sacerdotes vulgares. De otro modo de muy poco os servirán vuestro celo y vuestras penas; vuestras ovejas huirán y se perderán en gran número. Un santo logra más con una palabra que un trabajador ordinario con una serie de discursos.

Las palabras de un sacerdote santo son penetrantes, conmueven el sentimiento, hieren las almas y las renuevan de modo extraordinario; ellas brotan de la gracia de la oración y de la penitencia, y están llenas de la fuerza de Dios. Un sabio podrá a lo mejor imitarlo con habilidad, ¡pero sólo a través de la boca de un santo habla Dios! *«Non vos qui loquimini»* (Mt. 10,20).

Ciencia y virtud. La ciencia es un auxilio; los talentos naturales son necesarios. Pero sin santidad somos más o menos *cymbalum tinniens, aes sonans...* (1 Cor. 13, 1).

¡Hermanos, no vendáis oro falso! Hermanos, no seáis recipientes vacíos. Tened ciencia y talento, pero sobre todo sed hombres de creación y constantes en la penitencia: ¡sed santos!

¡Vigilad! Hermanos, todos los días traen consigo idénticas preocupaciones; elevadas, es cierto, pero monótonas y a menudo fatigosas. Hermanos, guardaos de la rutina.

Vigilad para que los sacramentos no pierdan a vuestros ojos su carácter divino, para que vuestro Maestro no se convierta en «cualquier cosa» en vuestras manos; vigilad para que no perdáis vuestra preciosa estima por los enfermos y pobres; vigilad para que los niños no sean para vosotros ocasión de aburrimiento y los pecadores causa de aversión.

Pero no, hablo demasiado; vigilad solamente sobre una sola cosa: ¡que no os convirtáis en sacerdotes vulgares. Vigilad bien, permaneced firmes en vuestro propósito de llegar a ser santos».

¡Permaneced en el sendero de la santidad!

«Seguid caminando por el sendero recto. Avanzando encontraréis cruces, incomprensiones, oposiciones, escarnios, arideces y abandonos; ¡pero llegaréis a la meta sin necesidad de mendigar consuelos de los seglares! En medio de las cruces, al menos conservaréis la esperanza y la confianza, y esto basta mientras permanezcamos en este mundo. ¿Y quién sabe si a lo mejor vuestro hermano no llegará a ser vuestra alegría?

Hermanos, no vivimos más que una sola vez y no nos quedaremos aquí abajo. Estamos en un viaje, y loco ha de ser quien buscare aquí su habitación y reposo. *Non habemus hic manenten civitatem, sed futuram inquirimus* (Heb. 13, 14)

¿Para qué sirven muebles hermosos con cabezas de león y adornos de cuero? ¡Dentro de treinta años se en-

contrarán en las habitaciones de nuestros herederos! ¿Qué son los conocidos y amigos del mundo? Quince días después de vuestra muerte os encontraréis ausentes de su memoria y de su corazón: en cambio, ahora, mientras dura vuestra vida, os quitan mucho tiempo y os causan muchas molestias ¿Qué es la alabanza y la consideración? Vano humo que nos embriaga, que nos embaraza y que nos hace más mal que bien».

Palabras de San Pío X («Haerent animo»)

Un asunto, sobre todo, Nos preocupa: que los ministros de Dios sean lo que deben ser por su cargo. Pues estamos persuadidos de que de ellos, sobre todo, hay que esperar el buen estado y el progreso de la Religión.

La condición del sacerdote es tal que no puede ser bueno o malo sólo para sí, ya que su manera de ser influirá necesariamente en el pueblo. El que cuenta con un buen sacerdote, ¡qué bien tan grande y precioso tiene!

Cualquier que ejerce el sacerdocio no lo ejerce sólo para sí, sino que también para los demás. «*Porque todo Pontífice tomado de entre los hombres, está constituido para los hombres en las cosas de Dios*» (Heb. 5, 1).

El sacerdote debe ser santo porque es la luz y sal de la tierra, porque es el dispensador de los misterios de Dios y porque administra cosas santas.

Si el sacerdote descuida su santificación, no podrá ser la sal de la tierra, pues lo que está corrompido y contaminado no puede servir de modo alguno para conservar otras cosas; y allí donde la santidad falta es inevitable que

entre la corrupción. Así, Jesucristo, continuando la metáfora, llama a tales sacerdotes sal inútil *«que no sirve más que para ser tirada, para ser pisada por los pies de los hombres* (Mt. 5, 13).

Las enseñanzas de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia sobre la santidad de la vida sacerdotal se vienen a condensar en esto:

Que entre el sacerdote y cualquier hombre bueno, sea el que fuere, debe haber tanta diferencia como existe entre el cielo y la tierra; y por ello es preciso que se tenga cuidado de que la virtud del sacerdote esté exenta de todo reproche, no sólo en materia grave, sino también en lo que concierne a las faltas reputadas mínimas.

El Concilio de Trento se atuvo al juicio de estos hombres tan venerables cuando advirtió a los clérigos que huyesen «hasta de las falsas leves, que en ellos serían muy grandes» (Se ss. 22); muy grandes, en efecto, no en sí, sino con relación a aquel que las comete, a quien con bastante mayor razón que a los edificios de nuestros templos conviene esta frase de los Libros Santos: la Santidad conviene a tu casa» (Sal. 93, 5).

La santidad nos hace tales como nos quiere nuestra vocación divina, es a saber: hombres crucificados para el mundo y para quienes el mundo mismo está crucificado; hombres que marchan hacia la renovación de la vida y que, como enseña San Pablo (2 Cor. 4, 5-6), *«por su trabajo, por su vigilancia, por sus ayunos, por la castidad, por la ciencia, por la paciencia, por la mansedumbre, por el Espíritu Santo, por la caridad no fingida, por la palabra de la verdad»*, se muestran como ministros de Dios, que tienden exclusivamente a las cosas celestiales y po-

nen todo su esfuerzo en llevar al cielo a los otros con ellos.

Necesidad de la oración. Entre la santidad y la oración existe necesariamente una relación tal, que no es posible que pueda en modo alguno existir la una sin la otra. La verdad completa acerca de esto está expresada en esta frase de San Juan Crisóstomo: «Yo creo evidente para todos que es sencillamente imposible vivir virtuosamente sin el auxilio de la oración». Y San Agustín, agudamente, formula esta conclusión: «Sabe vivir bien quien sabe orar».

Tengamos, pues, por cierto y probado que el sacerdote, para poder sostener en su rango y oficio, necesita entregarse profundamente a la oración... *«Es preciso orar siempre»* (Lc. 18, 1).

Entre aquellos mismos que rehusan y no quieren *«encerrarse en su corazón»* (Jer. 12, 11), no faltan quienes no disimulan la consiguiente pobreza de su alma, y que se excusan pretextando que se entregaron totalmente al ministerio en utilidad de los demás. ¡Cómo se engañan miserablemente! No acostumbrados a tratar con Dios, cuando hablan de El a los hombres o dan consejos para la vida cristiana, carecen totalmente del espíritu de Dios, de modo que parece que en ellos la palabra evangélica nace muerta.

Son dignas de ser recordadas en este punto las palabras pastorales de San Carlos Borromeo: «Entended, hermanos, que nada es tan necesario a todos los varones eclesiásticos como la oración mental, que debe preceder, acompañar y seguir a todas nuestras acciones... Si admi-

nistras los sacramentos. ¡Oh hermano!, medita lo que haces; si celebras Misa, piensa qué ofreces; si cantas, medita a quién y qué cosas hablas; si diriges las almas, piensa con qué sangre fueron lavadas...

Lectura de la Santa Biblia. Pueblo mandaba a Timote: *«Dedícate a la lectura»* (Tim. 4, 13), y el consejo de San Jerónimo es éste: «Que los libros sagrados estén siempre en tus manos». Ellos nos hacen gravemente recordar nuestros deberes... despiertan en nuestros corazones a las voces celestiales dormidas..., acusa nuestros defectos secretos y disimulados... El ejemplo de San Agustín nos demuestra la eficacia saludable de los libros sagrados: «Toma y lee, toma y lee... Yo tomé (las epístolas de San Pablo), las abrí y leí en silencio... Como si la luz de la seguridad se hubiese esparcido en mi corazón, todas las tinieblas de mis dudas se disiparon» (Conf. I, 8).

Excelsa virtud reclaman en el sacerdote las actuales circunstancias. Que en vosotros brille con esplendor inalterable la castidad, el mejor ornato de nuestro orden sacerdotal. Por el brillo de esta virtud, al propio tiempo que el sacerdote se hace semejante a los ángeles, parece más venerable ante el pueblo cristiano y consigue más abundantes frutos de salvación...

Que en todos vosotros domine también una caridad que no busque nunca su conveniencia... *La gran multitud de hambrientos, de ciegos, de cojos, de mancos,* esta multitud tan desgraciada, espera los beneficios de vuestra caridad; los esperan sobre todo esas masas de jóvenes, esperanza de la sociedad y de la religión, rodeadas como están por todas partes de mentira y de corrupción.

Aplicaos con ardor, no sólo a enseñarles el Catecismo,

cosa que Nos recomendamos de nuevo y con mayor empeño todavía, sino también a haceros apreciar de ellos por todos los medios que os sugiera vuestro celo. Obras de asistencia, de patronato, de corrección, de paz; por todos estos medios buscad y procurad ganar y conservar almas para Jesucristo.

Palabras de Pío XI («Ad catholici sacerdotii»)

El sacerdote, según la magnífica definición del apóstol San Pablo, es un hombre *«tomado de entre los hombres»*, pero constituido por encima de los hombres, *para las cosas que pertenecen a Dios* (Heb. 5, 1); su oficio, en efecto, no tiene por objeto cosas humanas y transitorias, sino las cosas divinas y eternas...

«Que los hombres nos juzguen como ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios» (1 Cor. 4, 1). El sacerdote es ministro de Cristo; es como un instrumento del Divino Redentor, para la continuación de su obra redentora...

El sacerdote es ministro del perdón, pues a él le dio el poder de perdonar los pecados (Jn. 20, 23)... El sacerdote católico es ministro de Cristo y dispensador de los misterios de Dios, con aquel *«misterio de la palabra»* (Hech. 6, 4), que es un derecho inalienable y, al mismo tiempo, un deber imprescriptible, impuesto por Jesucristo mismo: *«Id, enseñad a todas las gentes... enseñándolas a observar todo lo que yo os he mandado»* (Mt. 28, 19-20).

El sacerdote es el público y oficial intercesor de la humanidad para con Dios y quien ha recibido el encargo y

mandato de ofrecer a Dios en nombre de la Iglesia, no sólo el real y verdadero sacrificio del altar, sino también el *«sacrificio de alabanza»* (Sal. 50, 14), con la plegaria pública y oficial. Con salmos, preces y cánticos tomados en gran parte de los libros sagrados ofrece a Dios cada día el debido tributo de la adoración y cumple el necesario deber de rogar por la humanidad, hoy más que nunca afligida y más que nunca necesitada de Dios. ¿Quién puede decir cuántos castigos aleja la plegaria del sacerdote que amenazan a la humanidad prevaricadora y cuántos beneficios la procura y obtiene?

Los enemigos mismos de la Iglesia a su vez se dan cuenta de toda la dignidad e importancia del sacerdote católico al dirigir contra él sus golpes principales y más feroces, pues saben cuán íntimo es el nexo que existe entre la Iglesia y sus sacerdotes.

Los más encarnizados enemigos del sacerdote católico son hoy los enemigos mismos de Dios: he aquí un título de honor que hace el sacerdocio más digno de respeto y de veneración.

Santidad de vida. «Siendo los ordenados mediadores entre Dios y el pueblo –dice Santo Tomás– deben resplandecer por la bondad de la conciencia ante Dios, por la buena fama ante los hombres.» Por el contrario, si alguno trata y administra las cosas santas y lleva una vida reprobable, ha profanado su dignidad y se ha hecho sacrílego: «Los que no son santos no deben tratar las cosas santas». Por eso ya en el Antiguo Testamento, Dios mandaba a sus sacerdotes y levitas: «Sean, pues, santos porque yo soy santo; yo el Señor que los santifico» (Lev. 21, 8).

Un predicador que no se esfuerce en conformar con el ejemplo de su vida la verdad que anuncia, es evidente que destruye desdichamente con una mano lo que edifica con la otra...

Y por eso inculca tanto la Iglesia a todos los clérigos aquel deber gravísimo que les incumbe y que quiso insertar en el número de sus leyes: «Deben los clérigos llevar una vida interior y exterior más santa que la de los seglares, y servirles de modelo con su virtud y sus ejemplos» (D. Canónico. Can. 124).

Celibato. Pero al sacerdocio cristiano, tan superior al sacerdocio antiguo, correspondía también una pureza mayor. La primera huella del celibato eclesiástico la hallamos en el canon 33 del Concilio de Elvira, celebrado a principios del siglo IV, todavía en plena persecución, lo que prueba su práctica antigua. Y esa ordenación en forma de ley no hace más que añadir fuerza a un postulado que se derivaba ya del Evangelio y de la predicación apostólica.

San Juan Crisóstomo afirmaba que «el que ejercita el sacerdocio debe ser tan puro como si estuviera colocado en el cielo entre las Potestades»... Quien está por entero «en aquellas cosas que son del Señor», ¿no es justo que esté enteramente separado de las cosas terrenas y tenga siempre *«sus conversaciones en el cielo?»* (Fil. 3, 20). Quien debe estar preocupado asiduamente de la salud eterna de las almas y continuar la obra del Redentor, ¿no es acaso justo que esté libre de las preocupaciones de una familia propia que absorbería gran parte de su actividad?...

Desinterés de los bienes terrenales. No menos que por

la castidad debe distinguirse el sacerdote católico por el desinterés. En medio de un mundo corrompido, en el que todo se vende y todo se compra, debe vivir alejado de todo egoismo, desdeñando santamente las viles codicias terrenales y acercándose a las almas, no buscando emolumentos de dinero, sino la gloria de Dios.

No les está prohibido recibir lo que es necesario para su alimento y sustento, según las palabras del apóstol: *«Aquellos que sirven al altar tienen parte en el altar; así el Señor ordenó a aquellos que anuncian el Evangelio vivir del Evangelio»* (1 Cor. 9, 13-14); pero «llamado a la suerte del Señor», como dice su propio título de «clericus», o sea, «a la heredad del Señor», ninguna otra merced ha de esperar sino aquella que Jesucristo prometía a sus apóstoles: «Vuestra recompensa es copiosa en los cielos».

El celo. Libre así el sacerdote católico de los principales lazos que podrían tenerlo demasiado ligado a la tierra, los lazos de una propia familia y los del propio interés, será más apto para inflamarse con aquel fuego celestial que mana del Corazón de Jesús y busca prender los corazones apostólicos para incendiar toda la tierra: el fuego del celo. Este celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, debe (según se lee de Cristo en la Sagrada Escritura), devorar a los sacerdotes para que, pospuestos sus personas e intereses, se entreguen por entero a su excelso ministerio y encuentren medios más eficaces para cumplirlo cada vez de manera más abundante y mejor.

Y ¿cómo puede un sacerdote meditar el Evangelio, oir el lamento del Buen Pastor: *«Y yo tengo otras ovejas que no están en este redil y que importa conducirlas a él»;* ver

«los campos que ya blanquean con la mies» y no sentir encenderse en su corazón la llama del deseo para conducir tales almas al corazón del Buen Pastor, y no ofrecerse al patrón de la mies como operario infatigable?

¿Cómo puede un sacerdote ver tantas pobres turbas, no sólo en las lejanas tierras de misiones, sino también en los países ya cristianos de nuestro siglo *«yacentes como rebaños sin pastor»* (Mt. 9, 36), y no sentir en sí el eco profundo de aquella divina conmiseración que tantas veces conmovió el Corazón del Hijo de Dios?...

El sacerdote católico está constituido *«maestro en Israel»* (Jn. 3, 10), por haber recibido de Cristo el oficio y la misión de enseñar la verdad: *«Enseñad a todas las gentes»* (Mt. 28, 19). El debe enseñar la doctrina de la salvación, y de estas enseñanzas, a semejanza del apóstol de las gentes, es deudor *«a los sabios y a los ignorantes»* (Rom. 1, 14). Pero ¿cómo podrá enseñarla si no la posee?

«Los labios del sacerdote deben custodiar la ciencia y requerirán la ley de su boca», dice el Espíritu Santo por medio de Malaquías; y nadie ha podido decir nunca, en recomendación de la ciencia sacerdotal, una palabra más grave que aquella que pronunció un día la misma Sabiduría por boca de Oseas: *«Porque tú has rechazado a la ciencia yo te rechazaré para que no cumplas mi sacerdocio»*.

El sacerdote debe plenamente poseer la doctrina de la fe y de la moral católica, debe saberla proponer, debe saber rendir cuenta de los dogmas, de las leyes, del culto de la Iglesia del cual es ministro; debe disipar la ignorancia...

Es, pues, venerables hermanos, que el sacerdote, aun

en medio de las abrumadoras ocupaciones de su ministerio, y siempre en orden a aquel, continúe el estudio serio y profundo de las disciplinas teológicas, añadiendo al acervo de suficiente ciencia que aprendió en el Seminario una erudición sagrada, cada día más rica que lo haga también más idóneo para la sagrada predicación y para guía de las almas.

Además, por decoro de la profesión que ejerce y para granjearse, como conviene, la confianza y la estima del pueblo, puesto que tanto contribuye a hacer más eficaz su obra pastoral, el sacerdote debe estar provisto de aquel patrimonio de ciencia profana que es común a los hombres cultos de su tiempo...

Palabras de Pío XII («Menti nostrae»)

El sacerdocio es verdaderamente el gran don del Divino Redentor para hacer perenne la obra de redención participante de su único y eterno sacerdocio. El sacerdote es un *alter Christus*... Está llamado a la perfección y la íntima unión con Jesús, de modo que la fe sea constantemente la luz de su conducta y su conducta sea el reflejo de su fe.

Desconfianza de sí mismo. El sacerdote no debe confiar en sus propias fuerzas, ni complacerse en sus propias dotes, ni buscar la estima y alabanza de los hombres, ni aspirar a puestos elevados, sino imitar a Cristo, que no vino *para ser servido, sino para servir* (Mt. 20, 28); niéguese a sí mismo según las enseñanzas del Evangelio (Mt.

16, 24), apartando su ánimo de las cosas terrenas para seguir más expedito al divino Maestro...

Renuncias del celibato. El sacerdote tiene como campo de su propia actividad todo lo que se refiere a la vida sobrenatural, y es órgano de comunicación y de incremento de la misma vida en el Cuerpo Místico de Cristo. Por eso es necesario que él renuncie a *todo lo que es del mundo* para cuidar solamente de aquello *que es del Señor* (1 Cor. 7, 32-33). Y precisamente porque tiene que estar libre de las preocupaciones del mundo para dedicarse por todo entero al divino servicio, la Iglesia ha establecido la ley del celibato, para que fuese siempre más manifiesto a todos que el sacerdote es ministro de Dios y padre de las almas.

Con la ley del celibato, el sacerdote, más que perder el don y el oficio de la paternidad, lo aumenta hasta lo infinito, porque si no engendra unos hijos para esta vida terrena y caduca, los engendra para la celestial y eterna.

Vigilancia y oración. Sí, vigilad, amados hijos, porque la castidad sacerdotal está expuesta a muchos peligros, ya sea por la disolución de las costumbres, ya por las incitaciones del vicio, que son tan frecuentes e insidiosas, ya, en fin, por aquella excesiva libertad que se introduce cada vez más en las relaciones entre los dos sexos y que intenta penetrar también en el ejercicio del sagrado ministerio. *Vigilad y orad* (Mc. 14, 38), acordándoos de que vuestras manos tocan las cosas más santas y que habéis consagrado a Dios, y sólo a El le debéis servir. El hábito mismo que lleváis os advierte que no debéis vivir para el mundo, sino para Dios.

A tal propósito os hacemos una particular exhortación

para que, al dirigir las asociaciones y sodalicios femeninos, os mostréis como conviene a los sacerdotes; evitad toda familiaridad; y siempre que sea necesaria vuestra labor, prestadla como ministros sagrados.

Os exhortamos también ardientemente a no apegaros con el afecto a las cosas de esta tierra, transitorias y perecederas...

Os recordamos las palabras del áureo libro de la Imitación de Cristo: «El sacerdote debe estar adornado de todas las virtudes y dar a los demás ejemplo de recta vida. Su conversación no sea según las vulgares y comunes maneras de las hombres, sino como de ángeles y hombres perfectos».

Medios eficaces de santificación: Los enumeramos: El oficio divino... Meditad el breviario... Vivid la Misa... Visita diaria al Santísimo Sacramento... Examen de conciencia... Confesión frecuente... Dirección espiritual... Ejercicios espirituales...

Y como los sacerdotes pueden ser llamados por título singular hijos de María, no podrán menos de alimentar una *ardiente devoción hacia la Virgen,* de invocarla con confianza, de implorar con frecuencia su poderosa protección. Todos los días, como la Iglesia misma recomienda, recitarán el santo Rosario, que, al poner a nuestra meditación los misterios del Redentor, nos conduce *a Jesús por María.*

Palabras de Pablo VI

«El sacerdote es el hombre de Dios, es el ministro del

Señor..., el que obra «in persona Christi»; a través suyo pasa una virtud superior, de la cual, él, humilde y glorioso, es, en determinados momentos, instrumento válido; es cauce del Espíritu Santo...

Este don no lo recibe el sacerdote para sí, sino para los demás... y por eso vive para otros. Es el hombre de la comunidad... El mundo lo necesita... ¿Qué personas no tienen necesidad del anuncio cristiano, de la fe y de la gracia, y de alguien que se les dedique con desinterés y con amor?... El sacerdote no es un ser solitario, es miembro de un cuerpo organizado: la Iglesia universal, la diócesis..., su parroquia» (Del mensaje a todos los sacerdotes al finalizar *el año de la fe)*

Pablo VI escribió una encíclica «Sacerdotalis Coelibatus», y habló varias veces de este tema. He aquí sus pensamientos: «El Celibato es una ley capital de nuestra Iglesia. No se puede abandonar ni ponerla en discusión». La Iglesia está en su perfecto derecho de mantenerlo y tiene graves razones para ello, y no se puede criticar esta actitud, porque a nadie se le obliga a abrazarlo. El que quiera ser sacerdote o religioso consagrado a Dios, ya sabe a que atenerse.

El celibato es una joya y un honor de la Iglesia Católica, y no es sólo renuncia a algo, sino primeramente una entrega personal y total a Dios y a su obra en la tierra. La renuncia, para que sea aceptada por Dios y por la Iglesia, debe ser *enteramente voluntaria y libre y exenta de todo egoismo.*

Por eso los que se acerquen a las Ordenes sagradas deben hacerlo con alegría y con amor a la causa de Dios sintiendo «no el peso de una imposición desde fuera, sino

la íntima alegría de una elección hecha por amor a Cristo».

Advertencia: He hecho resaltar los puntos principales de los últimos Papas, si bien quedan algunos como los relativos a métodos de apostolado, el cuidado del clero joven a los que hay que introducir gradualmente en el trabajo, vigilándolos sabiamente y cuidándolos paternalmente en los primeros pasos de su ministerio, poniéndolos en contacto con sacerdotes ancianos (que atañe a los obispos).

Otra encíclica interesante es la «Sacerdotii nostri primordia» de Juan XXIII sobre el sacerdocio en la que ensalza la figura del Cura de Ars, Juan María Bautista Vianney, y en ella se recuerda también lo más esencial de las anteriores encíclicas papales.

Terminaré hablando de la «Dignidad sacerdotal» y luego como conclusión referiré unas palabras del Cardenal Felici, y las del filósofo y teólogo francés Jean Guitton.

Dignidad del sacerdote

(Este es un artículo que copio de un folleto que título: ¿SERE SACERDOTE? Es vocacional y lo dedico a los niños y a los jóvenes.)

La dignidad del sacerdote no puede ser mayor. Como tenemos dicho, el sacerdote es «otro Cristo», pues obra «en persona de Cristo», y por eso «cuando él bautiza, Cristo es el que bautiza, y cuando él perdona, Cristo es el que perdona»...

«Aquel que honra al sacerdote, honra a Cristo, y el que ultraja al sacerdote, ultraja a Cristo» (S. J. Crisóstomo).

«Quien dice sacerdote dice hombre divino. Esta dignidad es angélica o más bien divina» (San Dionisio).

«Ser sacerdote es la más alta y excelsa dignidad, es la cima de todo» (S. Ignacio M.)

«El sacerdote es tan superior a las dignidades de la tierra, como el alma es superior al cuerpo» (S. Clemente R.)

«Nada es igual en la tierra a esta dignidad de los sacerdotes, que son rectores de la grey de Cristo» (S. Ambrosio).

«Grande es la dignidad del sacerdote, y ésta requiere gran santidad de vida, y la exige para bien de los demás» (San Pío X).

«Oh, sacerdotes, Dios os ha puesto por encima de los reyes y de los emperadores, y hasta por encima de los ángeles» (San Bernardo).

«Si encontrara en un camino a un sacerdote y a un ángel, saludaría primero al sacerdote por la potestad que ha recibido de Dios» (S. Francisco de Asís).

«Grande es la dignidad de los sacerdotes a los cuales es dado lo que no es concedido a los ángeles. Pues sólo los sacerdotes ordenados en la Iglesia tienen el poder de celebrar y consagrar el cuerpo de Cristo. El sacerdote es ministro de Dios, cuyas palabras usa por su mandamiento y ordenación» (Kempis).

«La dignidad de los sacerdotes es grande, pero su ruina también es grande si pecan. Alegrémonos por su elevación, pero temblemos por sus culpas» (S. Jerónimo).

«Es preciso que la conducta corresponda a la dignidad» (S. Ambrosio). Si supera a los fieles *en dignidad*, deberá

superarlos *en virtud.*

«Por la dignidad de sus funciones, Dios considera hechas a sí las ofensas que a los sacerdotes se les hacen. Sus pecados no justifican la irreverencia de los demás. Como el sol dan luz y calor a las almas, tienen misión de ángeles...» (Santa Catalina de Siena).

Oremos por los sacerdotes y procuremos honrarlos, porque el que los honra, honra al mismo Jesucristo.

Palabras de Jean Guitton

Estas palabras que siguen no son de ningún Papa o Cardenal, ni de ningún ministro de la Iglesia, sino de un filósofo y teólogo francés. Sus reflexiones y súplicas por ser de un seglar deben hacer pensar a no pocos sacerdotes:

«Tengo miedo de que los sacedotes de mañana, con la nobilísima finalidad de mezclarse con nosotros, sus hermanos laicos, cedan a la tentación de acercarse a nosotros demasiado, de seguirnos en nuestro propio terreno...

Tengo miedo de que sientan no ser como nosotros: gentes de oficio, especialistas, profesionales, técnicos...

Los sacerdotes serán nuestros *guías* si permanecen en su campo propio, que es inacesible y necesario.

Perderíais de todas todas, si os quisierais igualar a nosotros y guiarnos en nuestro terreno laico.

Ganaríais siempre si os mantuvierais firmes con alegría, con fortaleza, con una sencillez radiante, en lo que es nuestro campo propio e intrasferible: el sacerdocio.

Os pedimos ante todo y por encima de todo que nos déis a Dios, sobre todo con esos poderes que solamente vosotros tenéis: absolver y consagrar. Os pedimos que seáis hombres de Dios».

Palabras del Cardenal Felici

Este Cardenal se lamentaba de la corriente secularizante en el catolicismo de hoy, y pretende explicar los motivos de este erróneo proceder:

«Lo que falta a muchos sacerdotes hoy es la alegría de ser sacerdote, esto es, de haber sido preelegidos con una particular mirada de amor, por Cristo Jesús, para la elevación espiritual, para la salvación de los propios hermanos. Ahora bien, tal alegría viene únicamente de la fe y de la generosidad con que el sacerdote desempeña una misión sublime, sin dejarse deprimir por las dificultades o fascinar por vagos y efímeros espejismos que confunden y producen extravío y desconsuelo.

La fe lleva al sacerdote al coloquio íntimo con Dios, a la oración.

Hoy se insiste mucho en el diálogo con los hombvres, a veces hasta la exageración y la temeridad. Pero poco se habla del diálogo con Dios, y aún menos se practica por no pocos sacerdotes.

Un sacerdote que no reza o reza poco, o reza mal, no hace honor a su misión y acaba por esterilizarla. En la predicación ya no es una voz viva que se nutre de fe y amor; es sólo un frío y mecánico altavoz que no mueve, que no arrastra».

Las manifestaciones de esta corriente secularizante aparece, ya en el vestir de paisano, y con colores llamativos, ya la asistencia a bares públicos, a playas concurridas, a cines también públicos poco convenientes...

Respecto al distintivo del sacerdote en el vestir, sabido es que la «Sagrada Congregación para los obispos» el 27 de enero de 1976 y últimamente la Asamblea plenaria del Episcopado Español», han dado sus normas, y *lo normal es la sotana* dentro y fuera de los templos en el ejercicio de cualquier ministerio. *El clergyman* también está autorizado. *El traje debe distinguir claramente* al eclesiástico. *El traje seglar está absolutamente prohibido,* sin especial permiso por escrito.

Palabras de Juan Pablo II sobre el vestir

«No es cediendo a las sugestiones de una fácil laicización expresada mediante el abandono de la sotana o del hábito eclesiástico..., como un sacerdote se acerca eficazmente al hombre de hoy».

La gente necesita signos y señales de Dios... signos que le llevan a Dios... No contribuyáis a esa tendencia, a retirar a Dios de las calles, adoptando vosotros mismos modos sociales de vestir o comportarse».

De hecho el pueblo pide esto a los sacerdotes. Recordemos que cuando el Papa en Valencia en presencia de miles y miles de fieles, al ordenar a 141 sacerdotes y dirigirse a éstos y a los sacerdotes de España, y decirles: sed sacerdotes de *cuerpo entero...* y *en el vestir...* etc. todos aplaudieron sus palabras.

Un caso triste y aleccionador es el que narraba *«El Eco de Canarias»* en fecha del 21-V-76:

Por una céntrica calle regresaba a su casa un sacerdote, despues de haber cumplido una de las obligaciones de su ministerio. Un caballero, para él desconocido, se le acercó y le saludó dándole la mano, al tiempo que le decía: Le felicito, Padre.

El sacerdote le preguntó extrañado: ¿Por qué me felicita Vd.? y el caballero le contestó: Porque lleva la sotana. ¡Gracias!, le replicó el sacerdote; en efecto la llevo, y no pienso quitármela.

Entonces el caballero le dijo: Esta Vd. hablando con otro sacerdote. Yo maldigo la hora en que la Iglesia autorizó para que los sacerdotes vistan de paisano. Yo fui profesor de teología en un seminario, y, por ponerme a tono con los otros, siguiendo la moda, también dejé la sotana y me vestí de paisano. Terminé secularizándome, y casándome. Hemos tenido que separarnos. Ahora no soy sacerdote, ni casado, ni nada.

Nota: Rectificando la afirmación del ex-profesor recordemos que la Iglesia autorizó el «cleryman» en España, no el traje de paisano, como ya dije anteriormente.

Yo que os escribo, puedo decir que a mi me han sucedido estos casos: 1.º Al ir un día andando por una carretera, se me acercó un caballero, y me dijo: «Tendría Vd. la bondad de confesarme?» Naturalmente le contesté: Ahora mismo y, como si fueramos hablando, ante los que nos ven, de otras cosas, puede ir diciendo sus pecados, y luego le doy la absolución, y terminó confesando que era un sacerdote, y sin referir cosas parecidas a las dichas, sólo diré que en este caso por ir yo con sotana, por mi

medio Dios le consiguió una gran gracia, pues si no hubiera ido con ella, no se me hubiera acercado.

2.º caso: Nada más refiero el valor que tiene la sotana en muchas circunstancias: Entré en una iglesia con otros tres compañeros que iban de paisano, y un caballero al verme, me pidió que tenía mucho interés le confesara en aquel momento, me senté en el confesonario... y a continuación se me acercaron otros y tuve que decirle a los compañeros que tuvieran un poco de paciencia y me esperasen...

No hay duda –y así lo debemos reconocer–, que tanto uno como otro traje eclesiástico (la sotana o el Clergyman), como dicen los obispos, y para bien del sacerdote y de los fieles, «constituye el signo exterior distintivo del sacerdote y de su especial consagración al servicio de Dios y de las almas, en conformidad con el espíritu del can. 136, 1».

Es evidente que si en las circunstancias referidas no hubiera llevado la sotana, no se hubieran acercado a mí tales personas para pedirme las oyera en confesión, lo que quiere decir que la sotana o el Cleryman son signos, como dice el Papa, que llevan a Dios y mueven más a las almas a acercarse a nosotros.

NOTA:

Sobre la santificación del sacerdote y los medios para conseguirlo el APOSTOLADO MARIANO tiene un libro maravilloso de San Ligorio, titulado «LA SANTIDAD SACERDOTAL» que es el mejor regalo que cualquier puede hacer a un sacerdote.

Homilía del Papa a los sacerdotes
(En Valencia el 8-XI-1982)

1. Queridos hermanos en el sacerdocio:
Queridos hermanos y hermanas:
Somos hoy testigos de un gran acontecimiento. Más de un centenar de diáconos (fueron 141), procedentes de toda España van a recibir la ordenación sacerdotal...
En este acto hablaré ante todo a los ordenandos. Pero en ellos veo la ordenación, reciente o lejana, de cada uno de vosotros, sacerdotes de España, y os exhorto a revivir la gracia que tenéis por la imposición de las manos (2 Tim. 1, 6).

El sacramento del Orden

2. El sacramento del orden está profundamente radicado en el misterio de la *llamada* que Dios hace al hombre. En el elegido se realiza el misterio de la *vocación divina.* Nos lo revela la primera lectura tomada del profeta Jeremías.
Dios manifiesta al hombre *en voluntad: «Antes que te formara en el vientre te conocí; antes de que tú salieses del seno materno, te consagré y te designé para profeta de los gentiles* (Jer. 1, 5).
3. La llamada del hombre *está primero en Dios:* en su mente y en la elección que Dios mismo realiza y que el hombre tiene que leer dentro de su corazón.
Al percibir con claridad esta vocación que viene de Dios, el hombre experimenta la sensación de su propia *insuficiencia.* El trata de defenderse ante la responsabili-

dad de la llamada. Dice como el profeta: «Ah, Señor Yahvé! He aquí que no sé hablar, pues soy un niño» (Jer. 1, 6). Así la llamada se convierte en el fruto de un diálogo interior con Dios y es a veces como el resultado de una contienda con El.

«No yo, sino la gracia de Dios conmigo»

4. Ante las reservas y dificultades que con razón el hombre opone, Dios indica *el poder de su gracia.* Y con el poder de esta gracia consigue el hombre la realización de su llamada: «Irás a donde te envíe yo y dirás lo que yo te mande. No tengas temor ante ellos, que yo estoy contigo para salvarte... He aquí que yo pongo en tu boca mis palabras» (Jer. 1, 7-9).

Es necesario, mis queridos hermanos y amados hijos, *meditar con el corazón* este diálogo entre Dios y el hombre para encontrar constantemente el entramado de vuestra vocación. Este diálogo ya se ha realizado en vosotros, que vais a recibir la ordenación sacerdotal. Y tendrá que continuar ininterrumpido durante toda vuestra existencia a través de la oración, sello distintivo de vuestra piedad sacerdotal.

El secreto de vuestra identidad sacerdotal

5. En la conciencia de vuestra llamada por parte de Dios radica a la vez el secreto de vuestra *identidad sacerdotal.* Las palabras del profeta Jeremías sugieren esa

identidad del sacerdote como *llamado* por una elección, *consagrado* con una unción, *enviado* para una misión. Llamado por Dios en *Jesucristo,* consagrado por El con la unción de su *Espíritu,* enviado para realizar su misión *en la Iglesia.*

6. Las enseñanzas del magisterio de la Iglesia acerca del sacerdocio, inspiradas en la revelación, recogidas, por así decir, de los labios de Dios, pueden disipar cualquier duda acerca de la identidad sacerdotal.

Ante todo *Jesucristo, nuestro Señor,* sumo y eterno sacerdote, es el punto central de referencia. Hay un solo *supremo sacerdote,* Cristo Jesús (LG. 28; Heb. 7, 24; 8, 1), *ungido* y *enviado* al mundo por el Padre (PO. 2; Jn. 10, 36).

Partícipes del sacerdocio de Cristo

7. De este único sacerdocio participan los obispos y los presbíteros, cada cual en su orden y grado, para continuar en el mundo de la consagración y la misión de Cristo. Partícipes de la unción sacerdotal de Cristo y de su misión, los presbíteros actúan «in persona Christi» (LG. 28).

Para ello reciben la unción del *Espíritu Santo.* Sí, váis a recibir el *Espíritu de santidad,* como dice la fórmula de la ordenación, para que un especial carácter sagrado os configure a Cristo sacerdote, para poder actuar en su nombre (PO. 2).

8. Consagrados por medio del *Ministerio de la Iglesia,* participaréis de *su misión salvadora* como «coopera-

dores del orden episcopal», y deberéis estar unidos a los obispos, según la hermosa expresión de San Ignacio de Antioquía «como las cuerdas a la lira». Enviados a una *comunidad particular,* congregaréis la familia de Dios, instruyéndola con la palabra, para hacerla «crecer en la unidad» (PO. 2) y «llevarla por Cristo en el Espíritu al Padre» (PO. 4).

Llamados, consagrados, enviados.

9. Esta triple dimensión explica y determina vuestra conducta y vuestro estilo de vida. Estáis «puestos aparte»; «segregados», pero «no separados» (PO. 3). Así os podéis dedicar plenamente a la obra que se os va a confiar: el servicio de vuestros hermanos.

Comprended, pues, que la consagración que recibís se absorbe totalmente, os *dedica* radicalmente, hace de vosotros instrumentos vivos de la acción de Cristo en el mundo, prolongación de su misión para gloria del Padre.

10. A ello responde vuestro *don total* al Señor. El don total que es compromiso de santidad. Es la tarea interior de «imitar lo que tratáis», como dice la exhortación del pontifical romano de las ordenaciones. Es la gracia y el compromiso de la imitación de Cristo, para reproducir en vuestro ministerio y conducta esa imagen grabada por el fuego del Espíritu. Imagen de Cristo sacerdote y víctima, de redentor crucificado.

La entrega total del elegido; el celibato

11. En este contexto de entrega total, de unión a Cristo y de comunión con su dedicación exclusiva y definitiva a la obra del Padre, se comprende la *obligación del celibato*. No es una limitación, ni una frustración. Es la expresión de una donación plena, de una consagración peculiar, de una disponibilidad absoluta.

Al *don que Dios otorga* en el sacerdocio, responde la *entrega del elegido* con todo su ser, con su corazón y con su cuerpo, con el significado esponsal que tiene, referido al amor de Cristo y a la entrega total a la comunidad de la Iglesia, el celibato sacerdotal.

12. El alma de esta entrega es el *amor*. Por el celibato no se renuncia al amor, a la facultad de vivir y significar el amor en la vida; el corazón y facultades del sacerdote quedan impregnados con el amor de Cristo, para ser en medio de los hermanos *el testigo de una caridad sin fronteras*.

Pregunta acerca del amor exclusivo hacia Cristo

13. El Señor Resucitado no se dirige a Pedro para amonestarle o castigarle por su debilidad o por el pecado que ha cometido al renegar de El. *Viene a preguntarle por su amor*. Y es de una enorme, elocuente importancia para cada uno de nosotros: «¿Me amas?» (Jn. 21, 17) ¿Me amas todavía? ¿Me amas cada vez más? Sí. *Porque el amor es siempre más grande que la debilidad y que el pecado*. Y sólo él, el amor, descubre siempre nuevas

perspectivas de renovación interior y de unión con Dios incluso mediante la experiencia de la debilidad del pecado.

El amor condición necesaria para el apostolado

14. Cristo, pues, pregunta, examina acerca del amor. Y Pedro responde: «Sí, Señor»; tú sabes todo, tú sabes que te amo» (Jn. 21, 17). No responde: «Sí, te quiero»; más bien se confía al corazón del Maestro y a su conocimiento y le dice: *«Tú sabes que te amo».*

Así, por medio de este amor, confesado por tres veces, Jesús Resucitado *confía a Pedro sus ovejas.* Y del mismo modo os las confía a vosotros. Es necesario que vuestro ministerio sacerdotal *se enraice con vigor en el amor de Jesucristo.* El amor indiviso a Cristo y al rebaño que El os va a confiar *unifica* la vida del sacerdote y las diversas expresiones de su ministerio (PO. 14).

La celebración de la Eucaristía

15. Ante todo, configurados con el Señor, debéis *celebrar la Eucaristía,* que no es un acto más de vuestro ministerio; es la *raíz y la razón de ser* de vuestro sacerdocio. Seréis sacerdotes, ante todo, para celebrar y actualizar el sacrificio de Cristo, «Siempre vivo para interceder por nosotros» (Heb. 7, 25). Ese sacrificio único e irrepetible, se renueva y hace presente en la Iglesia de manera sacramental por el ministerio de los sacerdotes.

16. La Eucaristía se convierte así en *el misterio que debe plasmar interiormente vuestra existencia.* Por una parte, ofreceréis sacramentalmente el cuerpo y la sangre del Señor. Por otra, unidos a El –«In persona Christi»–, ofreceréis vuestras personas y vuestras vidas para que, asumidas y como transformadas por la celebración del sacrificio eucarístico, sean exteriormente también transfiguradas con El, participando de las energías renovadoras de su Resurrección.

17. Será la Eucaristía culmen de vuestro ministerio de *evangelización* (PO. 4), ápice de vuestra *vocación orante,* de glorificación de Dios y de intercesión por el mundo. Y por la comunión eucarística se irá consumando día tras día vuestro sacerdocio.

San Vicente Ferrer, el apóstol y taumaturgo valenciano, decía que «la misa es el mayor acto de contemplación que pueda darse». Sí, así es en verdad. Por ello, todos vosotros estáis invitados a alimentar y vivificar la propia actividad con la *abundancia de la contemplación* (LG. 41), que encontrará un manantial inagotable en la celebración de la Eucaristía y de los sacramentos, en la liturgia de las horas, en la oración mental y cotidiana y en la meditación amorosa de los misterios de Cristo y de la Virgen con el rezo del Rosario.

La consagración que vais a recibir os habilita *al servicio,* al *ministerio de salvación,* para ser como Cristo los «consagrados del Padre» y los «enviados al mundo» (Jn. 10,30).

Al servicio del Pueblo de Dios

18. Os debéis a los fieles del Pueblo de Dios, para que también ellos sean «consagrados en la verdad» (Jn. 17, 17). El servicio a los hombres no es una dimensión distinta de vuestro sacerdocio: es la consecuencia de vuestra consagración.

Ejerced vuestras tareas ministeriales como otros tantos actos de vuestra consagración, convencidos de que todas ellas se resumen en una: reunir la comunidad que os será confiada en la alabanza de Dios Padre, por Jesucrito y en el Espíritu, para que sea la Iglesia de Cristo sacramento de salvación.

Para eso evangelizaréis y os dedicaréis a la catequesis de niños y adultos: para eso estaréis disponibles en la celebración del sacramento de la reconciliación; para eso visitaréis a los enfermos y ayudaréis a los pobres, haciendoos todo a todos para ganarlos a todos (1 Cor. 9, 22).

La consagración, distintivo de vuestro sacerdocio

19. No temáis así ser separados de vuestros fieles y de aquellos a quienes vuestra misión os destina. Más bien os separaría de ellos el olvidar o descuidar el sentido de la consagración que distingue vuestro sacerdocio. Ser uno más en la profesión, en el estilo de vida, en el modo de vestir, en el compromiso político, no os ayudaría a realizar plenamente vuestra misión; defraudaríais a vuestros propios fieles que os quieren sacerdotes de cuerpo entero:

liturgos, maestros, pastores, sin dejar por ello de ser, como Cristo, *hermanos y amigos.*

Por eso haced de vuestra total disponibilidad a Dios una disponibilidad para vuestros fieles. Dadles el verdadero pan de la palabra, en la fidelidad a la verdad de Dios y a las enseñanzas de la Iglesia. Facilitadles todo lo posibles el acceso a los sacramentos y en primer lugar al sacramento de la penitencia, signo e instrumento de la misericordia de Dios y de la reconciliación obrada por Cristo (*Red. hominis,* 20), siendo vosotros mismos asiduos en su recepción.

Amad a los enfermos, a los pobres, a los marginados, comprometeos en todas las justas causas de los trabajadores; consolad a los afligidos; dad esperanza a los jóvenes. Mostraos en todos «como ministros de Cristo» (2 Cor. 6, 8).

¿Qué se os pide?

20. Meditad bien qué es lo que os *pide a vosotros Pedro,* el anciano, «testigo de los sufrimientos de Cristo y participante de la gloria que ha de revelarse» (1 Ped. 5, 1). ¿Qué es lo que os pide?

Os ruega que cumpláis el *Ministerio pastoral* que se os ha confiado; «no por fuerza, sino espontáneamente, según Dios; no por sórdido lucro, sino con prontitud de ánimo». Sí, con una *entrega generosa.* Y como vivos modelos del rebaño (1 Ped. 5, 3).

He aquí el programa apostólico de la vida sacerdotal y del ministerio sacerdotal que un día Dios os confió. Nada

ha perdido de su actualidad sustancial. Es un programa vivo de hoy. Y habéis de ponerlo con frecuencia ante vuestros ojos, en vuestra alma, para ser reflejado en él, como en un espejo, vuestra *propia vida* y *vuestro ministerio.*

Si así lo hacéis, como os lo enseña la multitud de sacerdotes santos que en vuestra patria han sido *testigos de Cristo,* recibiréis cuando aparezca «el supremo Pastor» corona inmarcesible de la gloria» (Ib. 4)

¡Sed fieles a este mensaje que viene de Cristo!

PALABRAS DEL PAPA A LOS EDUCADORES DE LA FE

He aquí los principales pensamientos del Papa en este discurso muy interesante para los catequistas y educadores en la fe.

En él empieza hablándonos del «don de la revelación», es decir, Dios se ha revelado a sí mismo. El nos ha hablado y sus palabras las tenemos en la Biblia.

Jesucristo es el que nos ha revelado toda la verdad del amor de Dios, para que los educadores de la fe la anuncien a los demás hombres, y como la fe se funda en la Palabra de Dios, por eso el educador necesita ante todo una formación bíblica...

El Papa nos recuerda la labor de ejemplares educadores, maestros de gran talla, entre otros a D. Manuel González, Obispo que fue de Málaga, a don Andrés Manjón, al P. Poveda, San Antonio, M.ª Claret y a D. Daniel Llorente, figuras luminosas que siguen siendo un ejemplo elocuente para todos los que hoy han de continuar la misión de educar en la fe a las nuevas generaciones.

Importancia de la misión educadora

1. Esa misión que es un deber eclesial: *«¡Ay de mí si no evangelizare!»* (1 Cor. 9, 16), sigue teniendo en nuestros días una importancia trascendental, para poder conducir a los fieles –niños, jóvenes y adultos–, a través de

las diversas formas de catequesis y educación cristiana, al centro de revelación: Cristo.

Tal misión no es privativa de los ministros sagrados o del mundo religioso, sino que debe abarcar los ámbitos de los seglares, de la familia, de la escuela. Todo cristiano ha de participar en la tarea de formación cristiana. Ha de sentir la urgencia de evangelizar, *«que no es para mí motivo de gloria, sino que se me impone»* (1 Cor. 9, 16).

Urge dar una formación religiosa a fondo

2. Hoy, sobre todo, es necesaria y urgente dicha tarea, que ayude a cada cristiano a mantener y desarrollar su fe en la coyuntura de rápidas transformaciones especiales y culturales que la sociedad española está experimentando.

Para ello hay que potenciar la educación en la fe, impartiendo una formación religiosa a fondo, estableciendo la *orgánica concatecización* entre las catequesis infantil, juvenil y de adultos y acompañando y promoviendo el crecimiento en la fe del cristiano durante toda la vida. Porque una minoría de edad» cristiana y eclesial no puede soportar las embestidas de una sociedad crecientemente secularizada.

Por estas razones, la catequesis de jóvenes y adultos debe ayudar a convertir en *convicciones profundas y personales* los sentimientos y vivencias quizá no suficientemente arraigados en la niñez...

La fe se funda en la palabra de Dios

3. La fe cristiana, en efecto, comporta para el creyente una búsqueda y aceptación personal de la verdad, superando la tentación de vivir en la vida sistemática y sabiendo que *su fe,* «lejos de partir de la nada, de meras ilusiones, de opiniones falibles y de incertidumbre, *se funda en la palabra de Dios,* que ni engaña ni se engaña». Por ello la Catequesis debe dar también «aquellas certezas sencillas, pero sólidas, que ayudan a buscar cada vez más y mejor el conocimiento del Señor» (*Catechesi trad.* 60).

La formación debe ser integral

4. Desde ahí ha de abrirse al cristiano la perspectiva nueva que abarque y oriente toda su existencia, ofreciéndole con el programa cristiano «razones para vivir y razones para esperar» (GS. 31).

En esta línea puede encontrar su puesto de honor, en el momento presente, el educador católico orientando su esfuerzo hacia una formación integral que dé las respuestas válidas que ofrece la revelación sobre el sentido del hombre, de la historia y del mundo.

La educación en la fe abarca toda la vida

5. Aunque la educación en la fe es una tarea que abarca toda la vida, hay momentos del proceso cristiano que necesitan una particular atención, como los de la ini-

ciación cristiana, la adolescencia, elección de estado y otras circunstancias de mayor relieve en la vida personal, tras una crisis religiosa o cuando se han vivido experiencias dolorosas. Son momentos que deberán seguirse con mayor cuidado para hacer oir oportunamente a cada uno la llamada de Dios (Mt. 11, 28).

Necesidad de formar catequistas y educadores

6. Para ofrecer esa ayuda eficaz en la educación en la fe es necesario e imprescindible que se forme sólidamente a los catequistas y educadores, dándoles una adecuada preparación bíblica, teológica, antropológica, y que se les enseñe a *vivir ante todo ellos mismos* esa fe para catequizar a los demás con la palabra, y sobre todo, con la profesión íntegra de la fe, asumida como estilo de vida.

Esta actitud exige, de una parte, la entrega total a la vivencia de la fe, y de otra, al servicio de la misma y de los demás.

7. El anuncio del Evangelio, el servicio a la fe, es *acercar Cristo a los hombres* y *acercar los hombres a Cristo.* Entonces se cumplen sus palabras: *«Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré»* (Mt. 11, 28).

Es de suma importancia la transmisión del mensaje cristiano a través de la catequesis y de la educación religiosa escolar.

Deberes de la parroquia y la escuela

8. Es un campo que merece mucha solicitud pastoral. No cabe duda que la parroquia debe continuar su misión privilegiada de formadora en la fe; no cabe duda de que los padres deben ser los primeros catequistas de sus hijos. Sin embargo, no puede dejar de tenerse en cuenta la transmisión del mensaje de salvación con la enseñanza religiosa en la escuela, privada y pública. Sobre todo en un país en el que la gran mayoría de los padres pide la enseñanza religiosa para sus hijos en el período escolar.

Habrá de impartirse esa enseñanza con la debida discreción, con pleno respeto a la justa libertad de conciencia, pero respetando a la vez el derecho primordial de los padres, primeros responsables de la educación de sus hijos.

Importancia de los maestros y educadores católicos

9. Por su parte los maestros y educadores católicos pueden tener también en el campo religioso un papel de primera importancia. En ellos confían tantos padres y confía la Iglesia para lograr esa formación integral de la niñez y juventud, de los que en definitiva depende que el mundo futuro esté más cerca o más lejos de Jesucristo.

Y terminó diciendo:

Queridos educadores en la fe: Ante este estupendo panorama de un mundo a catequizar para acercarlo a Cristo... Sea El *la recompensa* por vuestras fatigas, cumplidas con desinterés y magnanimidad en todas las Iglesias de

España. Que esta fatiga produzca cosechas de ciento por uno. Así lo pido a la Santísima Virgen...»

El Papa dijo en Javier

Cuando un católico toma conciencia de su fe se hace misionero. Insertados como estáis en el Cuerpo místico de Cristo, no os podéis sentir indiferentes ante la salvación de los hombres.

Creer en Cristo es creer en su programa de vida para nosotros. Amar a Cristo es amar a los que El ama y como El los ama. Sólo Cristo tiene palabras de vida eterna. Y no hay otro nombre en el que los hombres y pueblos se puedan salvar.

¿Buscáis la motivación para la obra de mayor solidaridad humana hacia vuestros hermanos? No hay servicio al hombre que pueda equipararse al servicio misionero. Ser misionero es ayudar al hombre a ser libre artífice de su promoción y salvación...

Francisco Javier también escribió para vosotros el reclamo insistente de sus cartas a las universidades de su tiempo, pidiendo a profesores y estudiantes conciencia y colaboración misionera: «Muchas veces me mueven pensamientos de ir a esos estudios dando voces como hombre que tiene perdido el juicio, y principalmente a la Universidad de París, diciendo en la Sorbona...: ¡cuántas almas dejan de ir a la gloria y van al infierno por la negligencia de ellos!»

NOTA DEL EDITOR

Obra del Apostolado Mariano

Muchos sacerdotes, conscientes del importante papel que en la formación religiosa juegan los libros, no sólo los recomiendan, sino que, incluso realizan exposiciones en sus parroquias, poniéndolos en mesas a la entrada de las iglesias con los buenos resultados que podemos suponer.

La obra del Apostolado Mariano consiste precisamente en ayudar a los sacerdotes y religiosos, poniendo en sus manos los mejores libros a precios extraordinariamente baratos.

Conscientes de que el mayor problema para propagar los buenos libros es la cuestión económica, hemos estudiado una fórmula para que cualquiera pueda dedicarse a propagarlos sin necesidad de tener ni exponer ningún dinero. Bastará garantizar que el que hace un pedido de libros es sacerdote o religioso para que le mandemos todos los que quiera *en depósito*, para que no tenga que pagarlos hasta que los venda.

Rogamos a los sacerdotes y religiosos que nos pidan libros en depósito, que nos escriban en papel con membrete o sello del convento o de la parroquia para así poder identificarlos mejor.

Respecto a los gastos de envío, corren de nuestra cuenta; y si después de una campaña propagandística sobra-

sen ejemplares, se pueden devolver a la editorial, cargando a nuestra cuenta los gastos. Queremos dar toda clase de facilidades para que los buenos libros puedan llegar a todas partes.

Oferta especial:

Durante este año de 1983 tenemos en oferta especial cuatro libros importantísimos:

Los Santos Evangelios: formato 12×17 con 320 páginas de letra muy clara y legible incluso para personas mayores.

Las Glorias de María: formato 12 × 17 con 256 páginas de letra muy clara y legible.

Jesús de Nazaret: Es una bonita Vida de Jesucristo, ilustrada con varios dibujos y algo más de cien páginas, por B. Martín Sánchez, profesor de Sagrada Escritura.

La Virgen de Fátima: Contiene la historia de las apariciones y el mensaje de la Virgen, terminando con una explicación de la gran promesa de los cinco primeros sábados.

Este lote de cuatro libros, cuyo precio normal sería de unas 600 Ptas., se ofrece al precio excepcional de sólo CIEN PESETAS.

Otros libros muy importantes:

El Nuevo Testamento: formato 12 × 17 con 736 páginas de letra muy clara y legible. Encuadernado en cartulina imitación piel y con funda de plástico cristal, al precio especial de CIEN PESETAS.

A Dios por la Ciencia: formato 12 × 17 con 432 páginas. Esta es la décima edición del libro que hizo famoso al ilustre jesuita P. Jesús Simón, S. J. Precio especial CIEN PESETAS.

Otros libros: Tenemos otros muchos libros que figuran en nuestro Catálogo el cual se manda a todo el que lo pida.

Condiciones de venta:

Nuestros libros se sirven a reembolso de su importe según los precios aquí anunciados a cualquier persona que nos los pida, al menos durante el año 1983. Pero quienes los soliciten *en depósito*, para pagarlos cuando los vendan, han de garantizarnos que son sacerdotes o religiosos con el membrete o sello de su parroquia o casa religiosa.

Decimos que no cargamos gastos de envío, pero añadimos como condición que el pedido supere el importe de mil pesetas, para que el margen comercial pueda cubrir al menos los gastos de correo.

Escriban a esta dirección:

Pedidos: Apostolado Mariano
Recaredo, 34.
SEVILLA-3

OTROS LIBROS DEL AUTOR

(Editados por el «Apostolado Mariano»)

- **DICCIONARIO DE ESPIRITUALIDAD bíblico teológico.** Este es un libro que abarca muchos libros a la vez, pues es un arsenal de doctrina por los múltiples asuntos que van en él expuestos, en orden alfabético y de forma ordenada y clara.
  En su conjunto es un libro que comprende innumerables pensamientos bíblicos, patrísticos y filosóficos con diversidad de máximas y todos los temas de teología espiritual.

- **SANTA BIBLIA ilustrada y comentada.** Versión directa de los textos originales hebreo y griego y con amplios comentarios, especialmente en el Génesis y Santos Evangelios. Es una de las Biblias más asequible a todos; a los mayores, por sus comentarios, y a los niños por su método intuitivo.
  Lleva más de 200 láminas de G. Doré, proporcionadas por D. Andrés Codesal Martín, director del Apostolado Mariano de Sevilla. El texto va en letra grande y clara.

- **LA BIBLIA MAS BELLA.** Por sus muchos grabados a todo color, resulta la mejor para los niños.
  EL CATECISMO MAS BELLO. Primera Comunión y Confirmación.
- **EL CATECISMO ILUSTRADO.** Formato 18 × 26 con 160 páginas y más de 70 preciosas ilustraciones a toda página en colores. Es considerado como el mejor de los Catecismos por su doctrina y por las bonitas ilustraciones que llaman la atención a niños y mayores.
- **PEDRO, PRIMER PAPA. De Pedro a Juan Pablo II.** Incluye la lista de todos los Papas.
- **JESUS DE NAZARET.** Es su vida muy atractiva e ilustrada. Destinada especialmente a los obreros.
- **NO PIERDAS A LA JUVENTUD.** Carta a ellas y a ellos. Muy interesante para los jóvenes.
- **VAMOS DE CAMINO.** La vida presente, el tiempo, la eternidad.
- **EL PUEBLO PIDE SACERDOTES SANTOS, NO VULGARES.** La Santidad sacerdotal y su dignidad.
- **LA MATANZA DE LOS INOCENTES.** El aborto y el problema del divorcio.
- **FLORILEGIO DE MARTIRES.** España 1936-1939.
- **HEBREO BIBLICO Y MODERNO.** Es una gramática con ejercicios prácticos para principantes.
- **CATECISMO CONCILIAR.** Diez documentos del Vaticano II expuestos en ocho folletos con gran claridad.

- **EL MATRIMONIO.** (Preparación para el mismo), y al final va el discurso de Juan Pablo II a las familias cristianas.
- **¿SERE SACERDOTE?** (Niños y jóvenes haceos esta pregunta).
- **MISIONES POPULARES.** (Las verdades eternas).
- **LOS TESTIGOS DE JEHOVA.** (Su doctrina y sus errores. Otras sectas)...

Pedidos: Apostolado Mariano
Recaredo, 34
SEVILLA-3